

EUGENIO MARÍA DE HOSTOS

Francisco Bilbao, por Eduardo de la Barra¹

La obra que vamos a juzgar se presenta con un grave inconveniente al público, porque se presenta incompleta; el autor de ella la ha dividido en varias partes, la primera de las cuales es la publicada: comprende la biografía de Bilbao y la crítica de las ideas expuestas por el señor Z. Rodríguez al referir la vida del propagandista chileno. Para juzgar una obra es conveniente, si no absolutamente necesario, leerla toda entera, y no nos atreveríamos nosotros a juzgar por la sola lectura de su primera parte el trabajo de Barra, si no fuera porque el método empleado por él facilita el juicio.

El autor de *Francisco Bilbao ante la sacristía*² se ha propuesto refutar el folleto que no ha mucho escribió el señor Z. Rodríguez, y como (según parece, pues nosotros no leemos los libros recién publicados que no nos mandan) el autor del folleto refutado juzgaba a Bilbao en su vida, en su obra y en sus ideas, el autor de la refutación ha dividido su obra en tantas partes cuantos objetos de refutación se le ofrecían, y la primera parte debía necesariamente ocuparse, como se ocupa, de la vida del hombre detractado en vida y muerte. Concretándose al objeto a que la primera parte de la obra se concreta, es posible el juicio y es posible que sea justo. Por eso lo intentamos.

I

Eduardo de la Barra tiene una cualidad excepcional: la energía de su fe en el fin que se propone; de aquí su vehemencia en la defensa y el ataque. Ha visto a su patria en peligro de ser chupada por

¹ Artículo originalmente publicado en el diario *La Patria* de Valparaíso, diario del cual E. M. de Hostos es el redactor, durante su breve paso por Chile, el 6 de noviembre 1872, de donde lo hemos tomado. Firmado por "H.", aparece reproducido en: Eugenio María de Hostos, *Obras Completas, Hombres e ideas*, La Habana, Cultural, 1939, v. XIV, pp. 97-102. Agradecemos a Víctor Sepúlveda la transcripción.

² Eduardo de la Barra, *Francisco Bilbao ante la sacristía. Refutación de un folleto*. Imprenta del Ferrocarril, Santiago, 1872, 3 vols.. Se hizo una segunda edición, con notas añadidas por el autor, al año siguiente: Imprenta del Ferrocarril, Santiago, 1873, 3 vols..

ese pólipo que ningún ictiógrafo ha podido todavía describir, por más que en todas la decadencia de las religiones se haya presentado; cree necesario aplastar al pólipo; lo persigue cuando toma forma peculiar en los jesuitas, cuando toma apariencia colectiva en el clericalismo, cuando aspira al poder o afecta fuerza, y en donde quiera que lo acomete y cualquiera sea el disfraz que trate de arrancarle lo ataca con fervor.

Se ve que el combatiente combate de buena fe, visera levantada, rostro sereno, corazón no agitado por otro impulso que el generoso de la causa defendida. Esta cualidad, que es tanto más digna de encomio cuanto más expone al que la posee y la manifiesta a las acechanzas de la mala fe y a las censuras de los cautos y a medios agresivos de los asustadizos, va acompañada de una virtud y de un defecto: la perseverancia y la violencia. El enemigo del clericalismo sabe que las ideas racionalistas no son atacadas de frente ni con armas que no se viera precisado a rechazar el duelo honrado, y pone una perseverancia incansable en descubrir a su enemigo, en desurdir sus tramas, en burlar sus acechanzas, en demostrar que pelea en falso. Y como esa pesada tarea impaciente necesariamente al más flemático, Barra se impacienta con frecuencia y emplea más de una violencia que impondrá cuanto imponga a su contrario, pero que debemos condenar los que lo apadrinamos en su duelo.

La violencia es casi siempre un cambio de razón por pasión, y está vedada a los que son demasiado fuertes en su razón para tener que argumentar con la pasión. Además, es la táctica y la necesidad de los enemigos de la razón, y el imitarlos es aprobarlos. Cierto es que por mucho que Barra los imitara no llegaría jamás a aproximarse a ellos, y cierto también que las vehemencias de Barra son notorias por lo mucho que afean y desarmonizan el generoso, veraz y patriótico espíritu que lo guía.

II

Espíritu generoso, porque se arroja sin vacilación y sin cautela al peligro que hay en combatir cara a cara, y a pecho descubierto los errores; espíritu veraz, porque combate firmemente por la verdad; espíritu patriótico, porque la patria está en los principios que deben servirle de norma de conducta,

el que guía a Barra es el que debe guiar a toda la generación actual, el que guía a la civilización contemporánea, el que dará originalidad a la civilización americana. Se ha formado en la indiferencia científica de todo lo que está fuera de la comprobación directa de los hechos; tiene por instrumentos las ciencias naturales para conocer el universo, las ciencias sociales para conocer las necesidades físicas, morales e intelectuales de la sociedad, la ciencia antropológica para conocer al hombre universal en sus órganos y facultades, la ciencia política para conocer la perpetuidad de la justicia, la necesidad de la libertad, la relación de justicia y libertad con el progreso y con el bien; tiene por fin la rehabilitación del ser humano ante sí mismo.

Si ese espíritu triunfa el ser humano creará en sí mismo, en la dignidad de su existencia, en la solidaridad de su ser con cuanto es, en la necesidad del bien, en una ley de justicia y armonía para el universo, para nuestro planeta, para las sociedades, para la vida industrial y colectiva, terrenal y trascendente, la religión de la ciencia y la conciencia. Creará que todo hombre y cada hombre tiene derecho a la libertad, y afirmará el gobierno de todos, la educación de todos, la igualdad de todos, la fraternidad de todos, el trabajo de todos: la democracia. Creará que el progreso es una ley, que esa ley es expansiva y no restrictiva, que es tanto más eficaz cuanto más comprensiva, y afirmará la solidaridad de la especie humana en el progreso de todos los hombres de todos los tiempos y lugares: la ley de perfección.

A esa ley de perfección, a ese gobierno de la libertad y la justicia, a esa adoración del bien por la ciencia y la conciencia, se oponen tenaz, agresiva, autoritaria y tradicionalmente cuantos con franqueza o con hipocresía, arteramente o sin artificios, disputando el poder espiritual o el temporal, se empeñan en anular toda la historia, toda la ciencia, todos los progresos de la razón, y, negando la razón, apoderándose de la dirección de la ciencia y la conciencia, falsificando la historia, se obstinan en detener el progreso de la razón y de la ciencia y prefieren ser aplastados por los que van hacia adelante antes que dejarles la dirección de sus negocios y de su conciencia.

Cada hombre que se entrega al espíritu de la civilización contemporánea es un enemigo natural de los opuestos a ella, y no tiene nada de extraordinaria la persecución de que fue víctima, de que en muerte es víctima el más activo de los racionalistas chilenos.

Nosotros no sabemos si puede haber fe en la negación de la evidencia; pero sabemos que es una indignidad que jamás cometeremos, el negar sin pruebas terminantes la fe que otros afirman,

y creemos que el señor Z. Rodríguez obedecía a su fe al probar contra FRANCISCO BILBAO el escrito que refuta el señor Eduardo de la Barra. Lo que este no cree, y para eso sirve la primera parte de su obra, es que el periodista enemigo del racionalismo, haya tenido en su pluma tantos escrúpulos como tiene contra el racionalismo en su conciencia, pues ha hecho de la vida de Bilbao una tan poco escrupulosa narración, que el señor Barra tiene que consagrar a rectificarla toda una parte de su obra.

III

Según el folleto refutado, la vida de Bilbao no es ni una prueba de talento, ni una prueba de abnegación, ni una prueba de severidad consigo mismo. Tenía, según él, demasiada poderosa imaginación, demasiada débil memoria, demasiada escasa perspicacia para ser hombre de talento. No tenía ninguna abnegación, puesto que en el Perú intervino *modus vivendi*, y para ganar su subsistencia, en las contiendas políticas de aquel país. No tenía severidad consigo mismo, puesto que en su segundo viaje a Europa consintió en vivir de la caridad de sus amigos.

Barra, con la biografía de Francisco Bilbao en la mano³, con un criterio psicológico menos caprichoso y con más caridad en la intención, prueba que BILBAO fue un talento perspicaz, una abnegación a toda prueba, una dignidad superior a todo evento.

No contento con zaherir la vida, el crítico del racionalismo zahiere la muerte de Bilbao. Fue a sus ojos una muerte teatral. Es, a los ojos de todos los que leen la biografía del racionalista chileno, una muerte ejemplar, porque da ejemplo de constancia en la fe de la conciencia, de firmeza en la afirmación de sus creencias, de dulzura y serenidad en el dolor, de suprema confianza en sí mismo y en la pureza de su vida. Barra añade a las pruebas del biógrafo de Bilbao, una prueba preciosa: una carta familiar, íntima, escrita por un hombre de verdad, destinada a los secretos del epistolario, no a la publicidad de un impreso. En esa carta, el señor V. Lastarria refiere con sencillez digna de la muerte referida los últimos momentos de Bilbao.⁴ Es la muerte de un hombre que cuenta con la vida que va a empezar: muerte dulce, tranquila, lúcida, consciente; no podía ser, y no fue, muerte teatral. Para no serlo, bastó que hubiera a la cabecera del racionalista nombrado ninguno de esos

³ Referencia a la *Vida de Francisco Bilbao* de Manuel Bilbao.

⁴ Véase la carta de José Victorino Lastarria a Eduardo de la Barra, fechada en mayo de 1865, en este mismo número de *La Cañada*.

cónsules del cielo que, mediante un donativo impuesto a una forzada apostasía de último estertor, dan pasaportes para la gloria eterna.

El racionalista chileno murió como vivió; en la inquebrantable fe de la razón y la conciencia, y el espectáculo de su dulce muerte, unido al espectáculo de su vida pura, es un argumento demasiado imponente para que no se imponga al espíritu de las generaciones. Se ha impuesto, y es necesario destruir al hombre para destruir el argumento. Barra, que ha penetrado ese designio, que vive ojo avizor, que cumple aquí mejor que otro alguno con el deber que todos los soldados de la idea nueva tienen de celarla y defenderla de continuo, ha venido con un libro que comprende la vida, la obra y la idea de Bilbao, a hacer lo que en estas mismas columnas intentó un soldado más nuevo que él, pero tan incansable como él.⁵

Es necesario animar, estimular y secundar a esos defensores de la razón, de la conciencia, de la libertad, de la verdad, y satisfacemos esa necesidad recomendando con calor el libro de Eduardo de la Barra.

⁵ Alusión al artículo de Emilio Corvalán, reproducido en este mismo número de *La Cañada*.